

Rentería es así

Es muy cierto que a lo largo de nuestra existencia tratamos a personas a quienes apreciamos y por quienes sentimos un afecto entrañable e íntimo.

Siempre ha de haber alguien en nuestra vida ante quien nuestros sentimientos se inclinan, con fervor nada común, al aprecio, al respeto, a la amistad franca y cordial.

Y al igual que las personas los pueblos donde vivimos, donde ha arraigado nuestra existencia, nos suscitan con frecuencia idénticos afectos.

Por mi parte y creo que a los demás ocurrirá lo mismo, siento a Rentería como si en ella hubiera nacido. Para mí, Rentería es tanto —sin menospreciar a éste— como el pueblo que me vió nacer.

Nos cala hondo en nuestro corazón, esta es la verdad; hay un algo en ella, en su carácter, en sus costumbres, que nos llena y nos satisface.

Yo considero a Rentería como un hogar donde habitamos una gran familia, siendo para mí, precisamente éste, el síntoma peculiar de este pueblo. Su familiaridad.

Si nuestro carácter no es intransigente, hosco, cerril —que de todo hay— por fuerza hemos de adaptarnos a sus costumbres y, de todo corazón, como si de algo nuestro se tratara, deseamos y nos entusiasma su engrandecimiento y su constante progreso.

Si nos asomamos de vez en cuando a sus atalayas naturales, como Lapas, las Agustinas, casco de Arramendi y otras, desde donde dominamos perfectamente la periferia de la Villa, al verla crecer y expansionarse sentimos una íntima satisfacción. Nos es grato admirar la hermosa perspectiva del río Oyarzun, tan bellamente transformado y canalizado, que antaño nos produjo tantas amarguras, y nos gusta ver, desde cualquier ángulo del puerto de Pasajes, cómo ya Rentería, con su nuevo barrio de Alaverga, se asoma a él, pretendiendo mirarse en sus aguas y recordarnos que tiene algo nuestro.

Nos halagan sus costumbres, bellas por su sencillez, donde se plasma el carácter renteriano. Nos emociona su Centenario, la música con que se inician las fiestas patronales; nos cautivan los coros serios que en el día de Nochebuena recorren nuestras calles con sus canciones, llenas de dulce emotividad; se apasiona nuestro espíritu, cuando presenciamos la danza llena de colorido

que los jóvenes ezpatadantzaris ofrecen por fiestas a Santa María Magdalena, y tantas otras, tradicionales, que este pueblo se afana por conservar.

Sí; Rentería es así. Sencilla, espiritual... No hay más que saberla sentir y comprenderla para encontrarnos a gusto en ella, sin desear ni pedir más.

Juanier

